Sta Stella Sanchez

Tomo 6

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 20

San José, Costa Rica 1923 Lunes 20 de agosto

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

# Costa Rica, gran República

PARA muchos individuos de nuestra América Española habrá sido una sorpresa el gesto gallardo de la delegación costarricense en la actual Conferencia Panamericana de Santiago, al formular, con palabra razonadora y precisa, su proposición, ya famosa, en defensa de los fueros preteridos de las nacionalidades latinoamericanas.

Es más. Este movimiento de sorpresa debe haber tenido lugar también en tierras de yanquilandia, y me atrevo a afirmar que, de una manera relativa y, quizás, de un modo absoluto, dicho movimiento se ha operado en un número mayor de iberoamericanos que de angloamericanos. La razón de mi osadía es una: que éstos nos observan y estudian y han llegado a conocer el grado de cultura cívica, de progreso material, de potencialidad económica, temperamento, idiosincracias y hasta la geografía e historia locales de cada uno de nuestros países, mejor que cada uno de nosotros lo referente a los demás grupos, respecto de los que nos sentimos vinculados—, según vivimos diciendo—, por sentimientos e intereses de una fraternidad conmovedora.

El desconocimiento entre latinoamericanos es un viejo postulado que ya no se discute y que sirve de base a las frecuentes lamentaciones de todo aquel que quiere apostolizar sobre los beneficios de la unión de nuestros grupos, débiles en fuerza de vivir dispersos. Este desconocimiento hace posible que circulen a veces sobre nosotros y entre nosotros mismos consejas fantásticas con patente de verídicas historias; y si a ello se suma la tendencia, que es una de las características de nuestra psiquis, a evaluar en poco o nada las virtudes propias o familiares, no es extraño que al considerar una determinada situación de cosas, morales o materiales, en alguno de nuestros países, eliminemos casi siempre, con facilidad y prontitud pasmosas, los factores o hechos que elevarían el concepto, y formemos el juicio con aquellos que lo degradan, y el juicio así formado lo mantengamos y circulemos como noticia fehaciente y no rectificable.

Recuerdo que un distinguido personaje sudamericano me afirmó en Caracas, un día cualquiera del año de 1910, que Costa Rica—, país que mi informante aseguraba haber visitado—, era una tierra fértil y hermosa, con un clima delicioso, habitada por gente culta, y muy lindas sus mujeres; pero dominada, desgraciadamente, por una poderosa compañía frutera norteamericana, la *United Fruit Company*, que ejercía sobre los destinos políticos y económicos de la República una verdadera y avasalladora dictadura.

Y una larga década más tarde sufrí en México la sensación dolorosa de advertir repetida la calumnia, pero aquilatada mi pena porque entonces yo *sabía, me constaba plenamente*, que la imputación era falsa, y porque el medio de circularla era infinitamente más eficaz. Al día siguiente de mi arribo a Ciudad de México, en mi primera visita a dicha capital, el 12 de junio de 1921, se afirmaba el hecho infamante, exhibiéndolo como un argumento contra el imperialismo de los Estados Unidos, en un editorial de *El Universal*, el diario de más extensa circulación de la República mexicana.

Nada más incierto, sin embargo; y sin dejar de reconocer que la *United Fruit Company*—, única en la exportación del plátano o banano, arrendataria del Ferrocarril del Norte que une al puerto principal del Atlántico con la capital, y propietaria de la línea de navegación marítima que puede denominarse matriz con relación al comercio exterior—, representa un potentísimo elemento de la vida económica del país, pero completa, absolutamente subordinado al Poder Público, y constituído éste, en cada oportunidad, por la voluntad libérrima y soberana del pueblo costarricense.

¿Con que no se abatió la indomable autonomía nacional, fuerte por la conciencia lúcida de sus derechos, ante el colosal poderío del Gobierno de los Estados Unidos representado por Bryan en su célebre Tratado con Nicaragua, pretendiendo excluir a Costa Rica de todo concierto sobre la disposición de las aguas del río San Juan en la presunta emergencia de la apertura de un nuevo canal interoceánico, e iba a rendirse ante una mísera partícula de ese mismo poderío, que no otra cosa es la *United Fruit Company*?

En marzo de 1912 llegué a Costa Rica expulsado de Colombia y tuve al instante la visión gratísima de un núcleo indohispano, ilustrado y ordenado, practicando, serena y armoniosamente, las más excelsas virtudes de la democracia. El costarricense, cualquiera que sea su condición y la esfera social en que gire, es un ciudadano pleno.

Para mi espíritu inquieto y atormentado de venezolano—, un día, muy mozo, soldado revolucionario; otro, muy joven, Ministro; y, otro, conspirador; pero, nunca, elector pacífico—, Costa Rica fué el asombro. Pero también, y simultáneamente, la satisfacción, el gozo y el orgullo, y fuente de atracción irresistible, como bajo la umbra de la arboleda frondosa el remanso de linfas diáfanas y dulces para el peregrino sediento, entristecido y fatigado.

Y me quedé en Costa Rica y soy su deudor, en prestación imperecedera, de una hospitalidad generosa y gentilísima y de un tesoro invaluable: la afirmación de mi fe en los destinos de nuestra raza ¿Por qué, si ellos—, los costarricenses—, mezcla de conquistadores y de indígenas, han logrado cristalizar la vida social en normas de equidad, de probidad, de libertad y de justicia, no hemos de alcanzarlo, con igual provecho, otros descendientes de aborígenes y colonizadores, estimulados y auxiliados por las corrientes perfeccionadoras de otras razas que vienen a diario a fundirse en el crisol de nuestros medios nacionales?

En 1912 era Presidente de la República el Licenciado Don Ricardo Jiménez, mentalidad vigorosísima, muy bien nutrida, y un carácter integérrimo. Nadie me ha fascinado tanto como este hombre de temperamento frío, de virtud rectilínea y desdeñosa, buen corazón bajo su capa de escéptico, gigante del pensamiento y la palabra. Nadie sabe, como él, quintaesenciar la idea haciéndola fulgurar con iridiscencia irresistible en la veste de la frase elegante y sobria. Su estilo enjundioso no le permite malgastar una oración, ni un vocablo. Su argumento cae sobre el adversario como un enorme mazo manejado por un titán. Pulveriza al contrincante y si alguna molécula de la masa informe pretende resistir y se agita con vida rebelde, pronto la hiela hasta inmovilizarla con el soplo de su ironía. Y este hombre extraordinario que en la Revolución Francesa habría dominado a Robespierre y en la emancipadora de las colonias inglesas de América habría estado más alto que Jefferson, fué elegido Presidente de la República por la más abrumadora mayoría de votos que registran los comicios de aquel país—,

que es un país de comicio auténtico—, y, precisamente, por haber destacado su personalidad de estadista, hasta convertirla en centro de las simpatías y de los anhelos populares, en la lucha parlamentaria inmediatamente precedente a la elección, con oportunidad de una campaña antiyanquista que él mismo inició, desarrolló y dirigió dándole remate victorioso. Fué motivo de dicha campaña un proyecto de Empréstito presentado al Congreso por el Poder Ejecutivo. Y cuenta la crónica que en uno de sus célebres discursos de aquel instante memorable llegó a expresar el concepto de que la Banca de Wall Street está constituída por una banda de salteadores, pudiéndose afirmar que si se elevase una piedra en el vacío, al descender sobre cualquiera persona con oficina en la famosa calle le rompería, de fijo, la cabeza a un gran ladrón. Ello no obstante, a su ruidosísima exaltación presidencial no se opuso ni la sombra ni la sospecha de ningún veto extranjero.

Pero es que no podría ser cierto que ningún país extranjero—, mucho menos ninguna fuerza particular extranjera—, pueda conquistar en la bella y culta *Tiquicia* influencias suficientes a controlar los destinos nacionales. Débese esta imposibilidad a que el costarricense es un patriota sin estridencias de patriotero, ni actitudes y exclamaciones teatrales. Su espíritu sencillo y ecuánime ha conformado su ambiente para el ejercicio sin violencias de las actividades individuales y colectivas en todas las esferas del trabajo honesto. El pueblo *tico*, como él mismo se llama, es esencialmente trabajador y ahorrativo; y porque sabe trabajar y ahorrar, es propietario y conservador, en su gran mayoría, y disfruta de independencia económica, que es la base de toda independencia y de la práctica, sin flaquezas, de todo ideal grande y generoso. Ni ama, ni odia la política; la acepta, filosóficamente, como una necesidad natural irremediable. En ella se distingue por su reflexión y tolerancia, hijas de su educación y de su temperamento, sin duda, pero un poco también del hecho de que todo el mundo tiene qué perder y en qué ocuparse con más gusto y más provecho que en vivir detrás de los políticos incensando sus malas pasiones. Pasa sereno a través de los períodos cálidos de sus luchas electorales, consciente cada ciudadano de la efectividad de su voto, de que no habrá subterfugio capaz de desviar el resultado ambicionado por la mayoría, y conformándose el vencido con su derrota, porque la presume legal y porque para nadie envuelve la victoria una condición de vida, ni siquiera de mejor u opulenta vida, pues en aquel noble país sólo por excepción confunde un candidato su aspiración de encumbramiento público con la torpe y abominable de su enriquecimiento personal.

He aquí, en una síntesis imperfecta, las virtudes que sirven de asiento a la grandeza democrática de ese pueblo, tan pura como la de Atenas, sin sus veleidades ni sus ingratitudes, más que la de Roma, sin sus sueños de conquista ni su máquina guerrera, y comparable en nuestros días, con toda justeza, a la insuperable y diáfana de la Confederación Helvética.

La repugnancia por el peculado es su máxima fortaleza cívica. Quienes han sido Presidentes, y sus Ministros, salvo señaladísimas excepciones escandalosamente anatematizadas por la opinión pública, han abandonado el Poder tan pobres o tan ricos, o más pobres o menos ricos que cuando lo escalaron. Un Maestro muy ilustre de esta democracia, jurisconsulto eruditísimo, Don Cleto González Víquez, después de cuatro años de ejercicio de la Presidencia, precedidos inmediatamente por cuatro años de Ministerio de Hacienda, volvió a la vida de simple ciudadano verdaderamente empobrecido, pues no sólo carecía de bienes materiales, sino que su Bufete, uno de los más prestigiosos y activos del país, había perdido toda su clientela. Allí no se concibe que mientras un abogado notable sirve en un alto cargo a la República, su Bufete quede abierto y se prevalga de la posición del Jefe para atrapar y explotar negocios turbios y jugosos. Cuando Don Ricardo Jiménez terminó su período presidencial estimábase generalmente que su patrimonio, desatendido ante el reclamo preferente de la cosa pública, había sufrido un quebranto no menor del cincuenta por ciento del monto que tenía en la época de la elección.

La carencia del vicio del peculado y la devoción del hombre público costarricense al resguardo permanente de su reputación de hombre íntegro, combinada con su preparación cultural, de la que hablaré luego, hace de él, por regla general, un verdadero estadista con capacidad para querer y lograr el bien público, inconmovible ante el halago corruptor, puntilloso y rebelde ante el acto que merme sus atribuciones legales o lo exhiba supeditado por una voluntad dictatorial. Como consecuencia de esta manera de ser, el primer documento que suscribe un hombre público costarricense, al iniciar sus funciones oficiales, es el de su propia renuncia, para mantenerla lista a la orden de las circunstancias.

Con un pueblo de tales costumbres y con hombres de esta índole, no es cosa fácil el entronizamiento de la tiranía vernácula, mucho menos el de la extranjera. Imposible, en todo caso, la perdurabilidad de una u otra.

ALEJANDRO RIVAS VÁZQUEZ.

*(Concluirá en el número próximo).*

# Las elecciones de 1924 en Nicaragua

(Concluye. *Véase el número anterior*).

Yo no puedo creer que los partidos opuestos al partido de la traición en Nicaragua, especialmente el partido liberal que es el más numeroso y poderoso, adopten la política de la claudicación para obtener de Washington la garantía de la libertad y la legalidad en las elecciones de 1924. Yo no puedo creer que el partido liberal venga a la hora nona, después de tantos años de ostracismo y de despojo por Washington, a socorrer y salvar a Washington en el desastre moral de su posición en Nicaragua. Yo no puedo creer que el partido liberal esté dispuesto a comprar el poder por el precio que por el poder pagó el partido de la traición. Yo no puedo creer que todos los partidos sean traidores en Nicaragua, y que el resultado de las elecciones de 1924 llegue a ser la nacionalización del chamorrismo.

No está, por lo demás, en la facultad de un partido político contraer compromisos de esta o de otra clase con el extranjero. Ningún partido puede obligar de antemano la nación y todo lo que en tales circunstancias se pacte es irregular e ilícito. Ningún partido puede obligarse, por ejemplo, a mantener la validez o la vigencia del Tratado Bryan-Chamorro; y si lo hace, comete un acto de traición, más bajo y ruín que el de los hombres de Granada.

Yo entiendo por el partido de la mayoría en Nicaragua, toda la nación, salvo la minoría de la traición, la oligarquía que Washington sostiene en el poder; y no es concebible que la nación se traicione a sí misma, entregándose a Washington.

El triunfo del liberalismo en las elecciones de 1924 en Nicaragua, si debido a pactos con Washington, sería la justificación del chamorrismo y constituiría la derrota más dolorosa, más vergonzosa y más desastrosa del patriotismo, de la dignidad, del valor, de la inteligencia, del buen sentido, de la moral, de la civilización. Sería una perversión sin paralelo en la historia de la degeneración de los pueblos.

Es preciso que el partido de la mayoría en Nicaragua comprenda su misión en este momento de la historia de la república. Es preciso que sea leal a esta misión y sepa cumplirla y ser digno de ella. Es preciso que tenga la conciencia de que está llamado a grandes cosas, a grandes servicios en la oportunidad que le depara la campaña de 1924. Por el uso limpio, claro, honrado, valiente, inteligente que haga de su derecho, las más augustas deidades recibirán el soplo de la vida, la nación, la libertad, la democracia, la verdad, la paz. ¿Lo burlan y triunfan la mentira y la maldad? La experiencia lo ha endurecido para

la resistencia, será más fuerte un minuto después de consumado el crimen, en él se refugiarán y con él vivirán las deidades que la torpe codicia ha prescrito o inmolado, y su derrota hará más débil a su adversario y lo cubrirá como nunca de oprobio. Lo importante en las elecciones de 1924 en Nicaragua es que no naufraguen las grandes cosas morales que en la causa de Nicaragua están vinculadas y de cuya custodia es responsable el partido liberal.

Los augurios son fatales. La obra de la Conferencia de Washington revela toda ella que la política toda de Washington en Centro América se funda absolutamente en la preservación del *statu quo* en Nicaragua. La Conferencia no tuvo otro objeto; y su obra toda se desenvolvió y realizó con este único objeto constantemente en mira. Pedirle a Washington que garantice la libertad electoral en Nicaragua, es pedirle que derribe su propia obra, pues no se concibe que el partido de la mayoría llegue al poder para otro fin que para la denuncia inmediata del tratado Bryan Chamorro y la restauración del Gobierno libre y de la soberanía y la independencia de la nación. Y la libertad electoral en Nicaragua, bajo el régimen de la traición no es posible si Washington no la garantiza. El partido de la mayoría, el partido de la patria y de la civilización en Nicaragua, no debe hacerse ilusiones. Poner fe en Washington sería estúpido. Pactar con Washington sería estúpido. El partido de la mayoría debe contar desde luego con la posibilidad de que se repetirá la historia, que Washington querrá permanecer cerrando el camino de la democracia y la civilización en Nicaragua; y asumir la actitud de un partido dominado por la experiencia de su adversario y por conciencia de su fuerza, de su derecho, de su dignidad y de su porvenir. Debe luchar, por supuesto, y asistir a la batalla hasta el fin; pero sin engañarse respecto a las realidades de la situación y preparado para su desenlace, cualquiera que él sea, demostrando que lo ha previsto todo y que su mayor preocupación ha sido dejar en la campaña electoral un ejemplo eminente de discreción, de prudencia, de tacto, de sabiduría, de dignidad y de fortaleza. El partido de la mayoría habrá muerto moral y políticamente al día siguiente del triunfo, si el triunfo es el hijo bastardo de una transacción con Washington. Y será irresistible, y más fuerte que jamás, si en él son otra vez violados y escarnecidos en 1924 los grandes principios que son la base y la gloria de las instituciones políticas del Nuevo Mundo.

Los gobiernos y los pueblos centroamericanos tienen un sagrado deber que cumplir, y graves responsabilidades, en las elecciones de 1924 en Nicaragua. En estas elecciones está comprometida la suerte de todo Centro América. Así como la nación, según Lincoln, no podía vivir mitad esclava y mitad libre, así Centro América no puede vivir con uno de sus miembros bajo la esclavitud extranjera. En la desaparición de la Corte de Justicia, en el Protocolo de Costa Rica con Washington, en la historia de la última tentativa de unión centroamericana, en la Conferencia de este año en Washington, pueden verse los efectos de la subyugación de Nicaragua. El ejemplo de un país centraomericano despotizado por una oligarquía sostenida por el extranjero, es peligroso, fuera de su acción degradante. El espectáculo de la prostitución periódica del sufragio por un gobierno espúreo, con la complicidad de un gobierno extranjero, es disolvente. Nicaragua es una rémora, un obstáculo, una amenaza para todo Centro América. Es el enemigo en la propia casa. Es la muerte. Por propio interés común vital, interés de propia conservación, interés de desarrollo y de progreso, interés de libertad y de seguridad, interés de paz y de felicidad, los gobiernos y los pueblos centroamericanos deben influir por todos los medios a su alcance para que las elecciones de 1924 en Nicaragua sean libres y expresen genuinamente la voluntad del pueblo nicaragüense.

Los augurios son fatales pero es perfectamente posible combatirlos y transformarlos. Como hemos dicho, Washington está en un conflicto, entre el deseo de preservación de su botín en Nicaragua y la creciente presión de las fuerzas morales que lo están expulsando de allí. Un nuevo atentado en 1924 sería demasiado escandaloso, y demasiado desastroso para la posición moral de los Estados Unidos en América. Washington está en la ansiosa búsqueda de una mano que lo salve. Washington no cuenta sino con la claudicación del liberalismo, que cree posible por el cansancio, la exasperación y la desesperanza en que supone al pueblo de Nicaragua bajo el régimen de la traición, o por la debilidad, la impaciencia y la estupidez de las ambiciones personales. El liberalismo tiene que luchar contra un nuevo peligro. Es preciso burlar los planes de Washington, manteniendo a todo trance la unidad del liberalismo y expeliendo de su seno a los claudicantes, a los venales, a los que creen en acomodos con Washington bajo el tratado Bryan-Chamorro y aspiran a ser con este título candidatos de Washington para la Presidencia de la República.

Los gobiernos y los pueblos centroamericanos pueden hacer mucho, mucho, en el sentido de dar aliento en la lucha al liberalismo nicaragüeño, de hacerle sentir que no está sólo y que su causa es la causa de todo Centro América. Pueden también hacer mucho para robustecer las fuerzas morales y políticas que están trabajando contra Washington en Nicaragua. Es



—Mamá, acabo de ver en una película a un señor igualito a papá.
—¿Y en qué se parecía?
—En que pellizca a la cocinera.

(*Excelsior*, México, D. F.) Por García Cabral

preciso que hagan ver a Washington que Centro América tiene un interés supremo en estas elecciones y que su resultado será decisivo en las relaciones futuras de Centro América con Washington.

Guatemala, Costa Rica, Honduras, El Salvador, pueden ser oficialmente y como opinión pública, factores de primera importancia en el acontecimiento de 1924. Declaraciones inequívocas de esos Gobiernos respecto al interés de la paz, el bienestar y el porvenir de Centro América en la libertad electoral en Nicaragua, y una opinión pública activa y vigorosa, pesarán sin duda sensiblemente en los elementos de la situación y agravarán el conflicto de Washington.

Nos acercamos a un gran suceso, de evidente interés para toda la América, y en el que la libertad de un pueblo americano que agoniza en la ignominia de la subyugación extranjera, demanda imperiosamente la cooperación moral de toda la América.

El liberalismo de Nicaragua no puede ignorar la gran lección de la historia en todos los tiempos—que ningún pueblo logró jamás su salvación transigiendo con el extranjero detentador. Transigir es morir. Lo que no sería tanto, si esta clase de muerte no fuera infamante; si no fuera una injuria a todo nuestro pasado latino-americano de heroísmo épico en el amor a la patria independiente y soberana. La avenencia con el pirata extranjero es antiamericana.

JACINTO LÓPEZ

Nueva York.

(*La Reforma Social*, Habana).

# El algodón y su historia

DESDE el punto de vista comercial, el algodón ocupa el primer puesto entre las principales materias primas del mundo. Su origen se pierde en la antigüedad de los tiempos. No cabe duda, sin embargo, de que es oriundo del Asia, de la porción más antigua del Viejo Mundo habitada primero por los hombres. Fué quizás una de las muchas plantas que adornaron el jardín del Edén. ¿Quien sabe? La palabra «algodón» es el vocablo arábigo *alghoton*. Los ingleses la asimilaron a su idioma desde que llegaron a la India. Es cierto que los antiguos hebreos conocían el algodón, puesto que *charpas*, el vocablo oriental con el cual se le designa, aparece en el libro de *Ester*, capítulo primero, versículo sexto, en la siguiente frase: «El pabellón era de blanco, verde y cárdeno, tendido sobre cuerdas de lino y algodón».

Herodoto, «el padre de la historia», describió, cuatrocientos cuarenta y cinco años antes de Jesucristo, un árbol silvestre de la India que da un fruto cuyo contenido es semejante a la lana, y con el cual los nativos fabricaban una tela duradera y de hermosa apariencia.

Marco Polo, el célebre viajero italiano en su libro famoso por la descripción que en él hizo del Asia, mencionó, entre las más bellas cosas que deleitaron sus ojos, «un árbol de algodón de seis yardas de altura que conservó su fecundidad durante veinte años».

Plinio asegura que el algodón era conocido en el Egipto Superior y lo describe como un árbol que produce lana. Por datos históricos sabemos que el ejército de Jerjes estaba vestido con telas de algodón. Los antiguos griegos no tuvieron noticia de esta preciosa planta; fué sólo al cabo de muchos años cuando vinieron a desarrollarse sus conocimientos acerca del algodón.

Los chinos lo cultivaron centenares de años antes que aprendieran a usarlo. Gracias al comercio que mantenían con los moradores de la India, aprendieron pronto los variados usos de este ópimo fruto. Los árabes introdujeron el algodón en España en el siglo décimo. Sólo en el siglo diez y seis es cuando viene a encontrarse mencionado el algodón en Francia.

Cómo y por qué medio o conducto vino el algodón al continente americano es cosa que se ignora. Cuando Colón en su juventud soñaba con el Nuevo Mundo, es posible que los nativos de la India que llegaron a América por esa misma época, con las corrientes del océano y el soplo de los vientos por únicos guías, tuvieran la precaución de traer consigo algunos productos de su tierra natal. Puede asegurarse que, de las fecundas plantas que han contribuido a la gran prosperidad de los Estados Unidos, el algodón se lo debemos a los indios.

Cuando Colón desembarcó en la isla de San Salvador, vió que el algodón se daba allí en abundancia, y los indios le informaron que con su borra hacían hilo y con este hilo fabricaban redes y hamacas. Colón y sus compañeros cambiaron algunas de sus bujerías por unos rollos de ese hilo. Por consiguiente, puede decirse sin vacilaciones que los aborígenes de América usaron artículos de algodón en el primer trato comercial que se hizo entre el extranjero y el continente americano.

Cuenta la historia de la conquista de Méjico que cuando Cortés llegó a aquella tierra encontró que los mejicanos usaban trajes hechos de algodón. Entre los presentes que Cortés le envió al emperador Carlos V figuraban mantas de algodón, unas blancas y otras pintadas de diversos colores, tapicerías, asimismo de colores variados, y alfombras de algodón.

No se sabe con exactitud cuándo ni por quien fué introducido por primera vez el algodón en Mississippi y en Louisiana, si bien se supone que lo trajeron de Santo Domingo los primeros colonos franceses. Es muy probable que el cultivo del algodón para el consumo doméstico fuera en esos estados anterior a su cultivo en Georgia.

Leemos en autores bien informados que en 1721 se hicieron grandes esfuerzos por cultivar el algodón en Virginia. La primera exportación digna de mencionarse, que consistió en ocho balas con un peso de quinientos cuarenta kilogramos, se hizo del estado de Virginia en 1784.

Cuando el jesuíta François Xavier de Charlevoix, explorador de nota, visitó a Natchez en 1772, fué recibido cortesmente por Sieur Le Noir, un colono, y hablando de la visita que hizo al huerto de Le Noir, menciona al algodón como una de las plantas que allí admiró.

En uno de sus relatos, fechado en abril de 1735, Bienville habla del cultivo del algodón, calificándolo de «benéfico para el país».

El juez Martin, el famoso historiador, cita un pasaje de una comunicación del gobernador de Vaudreuil para el ministro francés en 1746, en la cual se alude al algodón como uno de los productos que se recibían en los buques que bajaban todos los años a Nueva Orleans. Fué bajo la administración de Vaudreuil en 1750 cuando se hizo el primer embarco de algodón.

En 1758, Louis XV, rey de Francia, solicitó informes que dieran pábulo a las magníficas promesas que ofrecía Louisiana. A fin de que el monarca y el pueblo de Francia pudieran juzgar de las ventajas comerciales y de las riquezas de Louisiana, escribió su historia Lepage du Pratz. En ella, al referirse al algodón, dice:

«El algodón que se cultiva en Louisiana es una de las especies del algodón blanco de Siam; aunque no es tan suave ni tan blanco como el algodón de seda, es, sin embargo, extremadamente blanco y fino y puede usarse con provecho. El algodonero no llega a la corpulencia de un árbol, como en la India, y es más productivo en los terrenos bajos que en los elevados».

También dice que, después de cogido del árbol el agodón, los muchachos se encargaban de limpiarlo de semillas: proceso lentísimo y tedioso, pero que constituía para ellos más una diversión que un trabajo. Deduce que este hecho contribuía no poco a estorbar que se extendiera el cultivo del algodón, obligando a desistir de ese cultivo a los moradores de Louisiana. Esta dificultad le sugirió la idea de buscar un modo práctico de separar las semillas, de donde se originó el uso de la desmotadora, y declara que estas circunstancias le proporcionaron la oportunidad de inventar un aparato de esa clase. «Las desmotadoras que se usan», escribe, «son harto costosas; la mía está hecha de madera ordinaria y es muy fácil de manejar. Hice un experimento que resultó satisfactorio. He enseñado a manejarla a dos vecinos, quienes se mostraron muy complacidos y prometieron usarla, siempre que yo en persona dirigiera su construcción».

El relato de Lepage du Pratz nos traslada a la época en que lo escribió, o sea a los primeros días de la colonia francesa de Louisiana. El célebre historiador, cuando estuvo en Nueva Orleans, conoció bastante a Bienville, y hay razones para creer que los documentos auténticos de que dispuso se los suministró el «Padre de Louisiana».

Este relato demuestra que las desmotadoras se usaron antaño. Sabemos de una, inventada por Debreuil, que comenzó a usarse en Louisiana desde 1750. La cierto es que para 1769 el algodón era un importantísimo producto de ese estado, pues leemos en la historia de Gayarre que O'Reilly, a la sazón gobernador español de Nueva Orleans, instó al gobierno de la metrópoli a que permitiera el libre cambio de mercaderías entre España y sus colonias y, en especial, Nueva Orleans.

Vendría a cuento aquí dar una noticia acerca de los notables adelantos y mejoras introducidos en las máquinas que se usan para separar el vellón de la semilla. Puede mencionarse, como anterior a la desmotadora de algodón de Eli Whitney, un invento de James Hargreaves, quien, en 1764, fabricó en Nottingham, Inglaterra, un artefacto conocido con el nombre de «torno de hilar», el cual consistía en ocho husos y una rueda horizontal a la que pusa el nombre de «telar de algodón». Más tarde, por el año de 1878, Richard Arkwright de Preston, Inglaterra, construyó una máquina conocida como «máquina de hilado continuo», en la cual introdujo mejoras considerables en 1775. En 1779, Samuel Crompton de Bolton, Inglaterra, inventó una maquina que tenía semejanza con el telar de Hargreaves y con la máquina de Arkwright, a la que puso el nombre de *mule* (mula).

Las primeras desmotadoras usadas en Georgia fueron las de pie o de cárcola, las cuales se supone que procedían de las Indias occidentales. Un tal Eaves introdujo en 1790 otra que resultó mucho más eficaz que la de pedal y que se movía por medio de fuerza hidráulica o de caballos, mulas o bueyes. En la Carolina del Sur fué donde primero se empleó el rodillo de mano, pero también se usaba de cuando en cuando una desmotadora llamada «de cilindro».

Luego, en 1793, se conoció la desmotadora de algodón de Eli Whitney. Creo necesario decir dos palabras acerca de este hombre genial. Nació en Massachusetts en 1776; se graduó en el Yale College; y después de graduado aceptó el cargo de preceptor privado que le ofreció una familia en el Estado de Georgia. No congeniando con sus deberes de preceptor, dejó el cargo y dedicóse con ahinco al estudio del derecho. Fué durante su residencia en Georgia cuando comenzó la obra que había de inscribir su nombre entre los de los grandes inventores del mundo. Lord Macaulay dijo de Eli Whitney: «Lo que Pedro el Grande hizo para convertir a Rusia en una nación poderosa, lo ha sobrepujado el invento de Eli Whitney en cuanto a la potencia y al adelanto de los Estados Unidos». Jamás podrá ensalzarse lo bastante a este hombre de fama inmortal. El sur de los Estados Unidos le debe mucho de su riqueza y prosperidad.

El algodón es la más importante de las plantas textiles. Los botánicos lo designan con el término genérico de «*gossypium* Peruvian», (1) perteneciente a la clase de las malváceas. Es una planta indispensable, porque las diversas industrias comerciales necesitan una enorme cantidad de algodón. Se le usa para vestir a la mayor parte de la humanidad, para fabricar algodón de pólvora, diferentes explosivos y municiones, y se le dan muchos otros empleos, demasiado diversos para enumerarlos en este artículo.

Nada sería tan interesante como seguir la evolución del algodón, desde que se hace la siembra hasta que nacen las flores y aparece la cápsula; desde que se coge en la planta hasta que se le devana; desde que se le embala hasta que se le lleva al mercado y va de allí a poder del que ha de usarlo. He aquí una descripción sumaria de las especies de algodón y de las plantas que lo producen: la planta que generalmente se cultiva en los Estados Unidos tiene tamaño de arbusto, por lo común de uno a dos metros de altura; en un suelo sumamente fértil alcanza una altura de tres metros; en la India, el Brasil y el Perú se da espontáneamente, es perenne (2) y se le llama el «árbol del algodón».

Las variedades originales del algódón que se conocen son: el herbáceo o algodón de hierba; el hirsuto o algodón peludo, y el arborescente o árbol del algodón.

En los Estados Unidos se dan esas tres especies de algodón: nuestro algodón de las tierras altas proviene de las primeras dos variedades, y el que se cultiva en el litoral del sur de los Estados Unidos pertenece a la tercera, pero de éste último la cantidad que se cultiva es pequeña.

---

(1) Así en el original, aunque no existe tal nombre científico, y es la especie *Gossypium Barbadense* la que se cultiva con muy buen resultado en el Perú.

(2) Perennes son todas las especies de algodón. En la zona templada, por estar fuera de su habitación natural, suelen perder ese ese carácter.

---

## El próximo Congreso de periodistas en Mérida, Yucatán

Dos telegramas

Guatemala, 9 de agosto de 1923.

Sr. Don Joaquín García Monge

San José.

Ojalá pudiera Ud. asistir Congreso prensa celébrase Mérida, Yucatán. Encargados invitados centroamericanos comisionáronme hiciera a Ud. especial invitación. Si puede hacer viaje por el Pacífico, llegando a ésta al rededor veinte (20) actual, o vía Habana compañía Vicente Sáenz.

Salúdole afectuosamente,

BOJÓRQUEZ.

—

Guatemala, 9 de agosto de 1923.

Sr. Don Joaquín García Monge

San José.

Nombre prensa asociada Estados Mexicanos tengo honor invitarle asistir Congreso Yucatán principios setiembre. Gastos trasporte desde cruzar frontera mexicana y permanencia Yucatán por cuenta Asociación. Fecha salir Guatemala al rededor veinte (20) agosto próximo.

Su presencia sería sumamente estimada,

VIRGILIO RODRÍGUEZ BETETA.

—

Respuesta

San José de Costa Rica, 13 de agosto de 1923.

No me es dable asistir al Congreso de Prensa. Tantas gracias.

Affmo.

J. GARCÍA MONGE.

La planta de algodón consta de un tronco recto del cual brotan las ramas. De éstas, las más largas están cerca de la base de la planta y las más cortas en lo alto de la copa: disposición que le da una forma de pirámide. Las hojas son anchas y dentelladas, por lo común tricótomas, y varían algo de tamaño y de forma, aun las de una misma planta. Las flores, grandes y hermosas, son acopadas y tienen de cinco a siete centímetros de longitud. En la mañana en que abren ostentan un color de crema pálido, que se cambia al siguiente día en rosado; y luego van cerrándose gradualmente, durante uno o dos días más, hasta que se marchitan y caen.

La corteza, dentro de la cual están contenidas la simiente y la borra, se llama «la cápsula.» Cuando la capsula está bien madura se abre, dejando al descubierto el pericarpio membranoso al cual están adheridas la vedijas fibrosas, o sea la borra. El algodón no se coge de la planta sino cuando la cápsula está bién abierta, lo que permite que el sol y el aire maduren la fibra. La fibra más larga es generalmente la más fina y se usa en la fábrica de los más preciados artículos de algodón. Después de la fibra, la parte más valiosa es la semilla. Los Estados Unidos consumen anualmente tantos millones de toneladas de semillas como millones de balas de algodón.

Las mejores semillas se apartan para la siembra anual; y el resto se envía a molinos especiales donde se le extrae el aceite, y la pasta que forma el remanente se usa como pasto de vacas y ovejas. Las semillas y la pasta suelen emplearse como abono.

El algodón de hebra corta, que se cultiva en las tierras altas de los Estados Unidos, y las variedades de hebra larga constituyen la mayor parte de nuestra cosecha. El algodón del litoral del sur, que es superior por la extensión y por la calidad de la fibra, se emplea en la fabricación de buenos tejidos y de costosos encajes. Su cultivo está circunscrito a unos cuantos estados ribereños del Golfo de México, y sus principales zonas de cultivo se encuentran en la Carolina del Sur, Alabama, Georgia, Florida y la Salton Baisin. En Louisiana no se introdujo esta clase de algodón sino cuando el estado fué admitido en la confederación. Louisiana posee muchos terrenos fértiles y brinda especiales incentivos a los plantadores de algodón del estado; sus condiciones climatológicas le dan ventajas especiales que no posee ningún otro de los estados de la Unión. Ni existe comarca tan ventajosamente situada para este cultivo, pues la madre naturaleza le ha concedido espléndidas riquezas y dones. Además del algodón del sur, hoy día se cultiva con buen éxito en Louisiana el algodón de Siam.

Sigue luego, por la calidad de la fibra, el algodón de Egipto, del cual existen dos variedades: la de borra blanca y la de borra parda. La lujuriante vegetación de esta valiosa planta embellece el valle del Nilo. A los Estados Unidos se importan todos los años varios millares de balas de algodón egipcio que se emplea en la fabricación de artículos a los cuales, por medio del procedimiento de Mércer, se les da el brillo de la seda.

El algodón puede cultivarse en cualquier terreno, siempre que se le fertilice con la debida cantidad de abonos. La preparación de un terreno para la siembra de algodón es costosa. Es preciso poner bastante esmero al labrar la tierra, si se desea obtener resultados satisfactorios. En febrero y marzo comienza la época de la aradura, la cual consiste en formar surcos y caballones en el terreno. El arado debe penetrar de ocho a diez centímetros de profundidad, si bien una profundidad de quince a veinte centímetros es la que se considera como una buena preparación, pero debe llegarse a ella por aumento paulatino, es decir, arando unos ocho centímetros más hondo cada año, hasta llegar a la profundidad requerida. En la región central de los estados del Golfo de México y en los que están situados cerca del mismo golfo, la siembra empieza a mediados de marzo o en abril. En los surcos profundos se colocan, dispuestas en hileras, las semillas, que son redondas y negras y más o menos del tamaño de un guisante: operación que puede hacerse con la mano o con un instrumento. En seguida se tapan las simientes con la tierra removida.

La cogida es el proceso más costoso del cultivo del algodón. La mayor parte de la recolección se hace a la mano, y generalmente se principia en agosto y dura hasta noviembre. Cuando llega esta época, casi toda la gente de los contornos se dedica a la tarea: hombres, mujeres y niños. El algodón se reúne en sacos o en canastos, que se vacían de tiempo en tiempo en un carro estacionado cerca.

Luego viene la operación de desmotarlo, que se realiza por medio de máquinas de vapor, las cuales separan las fibras de las semillas. Al terminar esta operación, el algodón queda listo para embalarlo.

Existen dos tipos principales de desmotadoras: las de rodillo y las de carda. Las primeras se usan para desmotar el algodón del sur y todas las demás variedades de fibra larga; y las últimas, para desmotar las variedades de fibra corta.

Después que se le ha despojado de las semillas, se mete el algodón en prensa y se le empaca, ordinariamente en balas de doscientos cuarenta kilogramos cada una. La parte de la cosecha que se destina a la exportación se lleva a comprimir a establecimientos especiales, donde se le reduce de volumen sometiéndolo a una alta presión.

El precio del algodón lo determina la calidad de la fibra. La clasificación del algodón es un estudio arduo y se requieren esfuerzos perseverantes para llegar a ser un experto tan competente que le baste una ojeada para reconocer la fibra más valiosa.

Según la clasificación comercial corriente existen siete clases principales de algodón, a saber: fino, medianamente fino, bueno, medianamente bueno, mediano, media no inferior y ordinario.

La calidad de la fibra depende, sobre todo, de su longitud. La fibra blanca como la nieve y la de color

crema muy claro son las que tienen más demanda.

Para formarse una idea del tremendo incremento del cultivo del algodón, debido en gran parte al invento de Eli Whitney, deben tomarse en cuenta los guarismos siguientes: el marqués de Pontalba presentó en 1800 una memoria al emperador Napoleón, según la cual se exportaron en 1799 por la ciudad de Nueva Orleans doscientas mil libras, o sea cuatrocientos fardos de algodón. La desmotadora de Whitney, inventada en 1793, empezó a ser de uso general a los comienzos del siglo diecinueve. En 1802, las exportaciones de algodón por Nueva Orleans fueron de tres millones de kilogramos o sea de doce mil balas. Para 1850, poco antes de la guerra civil, esta cifra se había aumentado a 178,737 balas, y el algodón se había convertido en un factor comercial de primer orden. En 1890 las exportaciones por el puerto de Nueva Orleans llegaron al enorme total de 604,661 balas. Desde esa fecha ha habido un incremento continuo, de casi cien mil balas por año, y en 1910 la exportación fué de 2,351,660. A pesar de la guerra universal, cuya influencia disminuyó todas las exportaciones, el año de 1920 arrojó un total de 3,876,630 balas exportadas; y el de 1921, un total de 2,950,000.

Con el aumento de su producción, ha corrido parejas el desarrollo de las facilidades para la manipulación de este «rey de las cosechas». Sería oportuno hacer aquí una reseña de los notables progresos y mejoras introducidas en los almacenes de algodón de Nueva Orleans. Esta ciudad se encuentra más cerca del centro de gravedad de la producción algodonera que cualquier otro puerto, situada, como está, a la desembocadura del mayor sistema de vías fluviales del mundo. (1)

..............................................

C. A. Carriere

Norte-América, New York.

(1) Al decir esto, la autora se muestra más patriota que geógrafa, puesto que, en cuanto a extensión, no cabe comparación entre el sistema fluvial del Mississippi y el del Amazonas.

# Página lírica (*)

## de Napoleón Pacheco

### VIEJOS BARCOS DEL SENA

Las aguas son grises,
el silencio enturbia la vida,
y van, sobre las ondas, los viejos barcos
[cargados.
¡Oh los viejos barcos,
cómo surcan las aguas!...
Y yo, en la orilla, prolongo mi pensamiento
[en la marcha del río.
Poeta, ¡danzarín de músicas ideológicas,
[arrójate sobre el agua!
Poeta, ¿no amas los barcos de los ríos?
Son muchos, son muchos.
No dicen nada. Van en silencio. ¡Oh el
[silencio de los barcos sobre el agua,
[cómo entristece!
Y los han unido con gruesas cadenas que
[chirrían al viento.
¡Cómo siente el hierro de las cadenas!
[¡Cómo lloran su orín sobre el agua!
Hermanos, romped las cadenas de hierro,
[rompedlas, rompedlas:
y la vida os lo dice...
Viejos barcos cargados de vida,
viejos barcos del Sena,
¡cuán sucios sois!
Viejos barcos del Sena
que nunca tenéis la ilusión del océano...

París, 1922.

(*) Don Joaquín: Son poemas del libro inédito *La Canción Tentacular*, de próxima publicación. Adelanto a Ud., para el Repertorio Americano, algunos de ellos. Con mi abrazo.—N. Pacheco.

### LOS PUENTES DEL SENA

El puente más bello.
En el paisaje del fondo, el dolor, la
[sombra...
Ya vienen los barcos,
ya vienen los barcos con sus grandes
[chimeneas.
(París, en tus paisajes se ven más grandes).
En su aspiración hacia el cielo,
¡creédmelo, hermanos!,
rompieron la armonía del humo, porque,
[¡son tan bajos los puentes del Sena!,
[las chimeneas se doblaron.
¡Qué sumisión más altanera, ¡Dios mío!,
[doblegar las cabezas al pasar bajo un
[puente!
Hermanos, prometedme que nunca
[construiréis puentes tan bajos.
¡Oh!, mis hermanos, cuando seáis dioses,
[no hagáis puentes tan bajos.
Hermanos, hombres que esperáis el retorno,
[recordad que los puentes unen cumbres,
que los puentes se tienden sobre las simas,
[sobre las aguas.
Y entonces, ¿qué haréis cuando se
[endurezcan vuestras cabezas para pasar
[bajo los puentes que hayáis construído?
Hombres de nuestro planeta—¡yo quisiera
[llamaros dioses!—haced puentes muy
[altos, muy altos, para que en vuestras
[eternas conquistas de Dios, nunca tengáis
[que doblar las cabezas!

París, 1922.

### DIOS SOCIALISTA

¡La multitud! ¡La multitud!
No os detengáis en medio de las calles.
No os arrojéis, intrépidos, por la vía
[pública...
Hombres para quienes la vida es un
[tormento;
hombres para quienes la vida es acción;
hombres demócratas, socialistas,
hombres del gran ensueño comunista,
hombres que vivís la vida tentacular:
no es allí en donde encontraréis las
[enseñanzas de Dios.
Dios os hablará la lengua de lo eterno,
Dios os dirá lo múltiple del trabajo.
Dios os enseñará en el fondo de los mares,
[en la plenitud de los cielos, sobre el
[haz de la tierra.
Dios os hablará sobre todas las cosas:
sobre los mares, sobre los cielos, sobre la
[tierra.
Dios creció entre los hombres,
Dios conoció el mal, Dios amó el bien.
Oh! mis amigos, mis mejores amigos,
Dios nos ama, Dios nos ama!...
La multitud es el Verbo,
la multitud es la enseñanza:
Dios está con la multitud.
Dios es grande, Dios es único...
..............................................
Asomaos, vosotros los que amáis las formas
[viejas:
venid hacia nosotros sin temor.
No romperemos vuestras copas:
permitidnos ofreceros en ellas el vino nuevo;
libaremos todos juntos, a la claridad de la
[luna...
¿No lo sabéis? Dios es socialista,
Dios es nuestro hermano.
Oh! el gran Camarada, cómo siente vibrar
[en su alma el bien que nos inspira.
No temáis, mañana seremos hombres sin
[Dios,
y entonces, ¡oh cielos que nos abrigáis!,
[¿qué haremos?
Ahora, ahora que todo canta,
ahora que todo tiembla,
ahora que el mundo renace,
reunámonos en las plazas, vivamos en el
[fondo de la tierra, del océano, y en silen-
[cio oremos por nuestro Dios,

por nuestro Dios perdido entre la multitud,
por nuestro Dios socialista,
por nuestro Dios infinito,
por nuestro Dios triste y fuerte y grande.

París, 1922.

EL METROPOLITANO

(A la memoria del gran lírico francés CHARLES PÉGUY, muerto en la guerra).

¡Corred! ¡Corred! ¡Corred a toda prisa!
Maldita gente, ¡cómo me estruja, cómo me [incomoda!
Desciendo aquí para internarme en el [temblor de la vida.
Es la más múltiple de todas las estaciones:
se cruzan, como la sangre, todas las formas [vitales de París.
Aquí el semillero de los barrios bajos;
aquí el sudor de las grandes fábricas;
aquí el amor perdido de las muchachas en [flor;
aquí el «soldado desconocido» y viviente;
aquí la multitud tentacular;
aquí la vida: aquí lo eterno.

*

No seguiré. Me detendré a contemplar la [vida,
y las formas imposibles, y lo irreal de este [tren subterráneo que atruena en el fondo [de la tierra.
Sombra. Un chispazo violeta que anuncia la [llegada de los vagones.
Gentes que se estrujan; gentes que no [miran.
Gentes que viven, gentes infinitamente [inconscientes.
(¡Ciudades tentaculares,
el poeta que os cantara murió bajo el [temblor de vuestros encantos!)
Gritos, gritos: el tren se interna, como la [voluntad, como el hierro, en el misterio, [apenas claro, del túnel.
¡Ah! Este túnel infatigable,
este túnel alumbrado,
este túnel que se traga la vida,
este túnel inflexible, con los nervios de sus [rieles,
este túnel tentacular,
este túnel siniestro...
¡Bocas del infierno, sois menos feroces!
¡Bocas de los volcanes, sois menos [misteriosas!
¡Bocas del máelstrum, sois menos [atrayentes!
¡Bocas del cielo, sois menos divinas!
Sólo hay algo más grande,
sólo hay algo más emotivo:
¡oh! el vacío de los rasca-cielos cuando el [ascensor desciende hacia los abismos!

*

De pronto la luz, la claridad del día...
¡El sol! ¡El sol!
¿Sabéis lo que ello significa para este [hombre que nos guía?
Hombre, hermano mío, hombre triste,
yo quisiera daros todo el sol de mi América,
el sol que solidificó mis huesos,
el sol que me hizo optimista,
el sol que convertirá mi cuerpo en un [montón de polvo blanco,
el sol de mis antepasados,
el sol caliente como mi sangre,
el sol fuerte como mi vida esperanzada.
Yo quisiera daros el cielo y la luna y las [estrellas,
yo quisiera daros el Universo todo.
¡Oh! tú, mi gran hermano, hombre eterno
que conocéis los socavones de la tierra,
y que la amáis con melancolía
y que la hacéis gemir con tu máquina [infernal...
Sí, la luz, la claridad de las calles,
y el Sena, con sus barcos cargados de [carbón,
y sus aguas sucias e historiadas.
Y a lo lejos la Tour Eiffel,
¡oh! la Tour Eiffel, divina como mujer [imposible:
forma a quien sólo dejaron los nervios al [viento;
la Tour Eiffel que alcanza el cielo,
la Tour Eiffel que se baña en el azul del [cielo...
.......................................
Y nuestra máquina se interna en este París [subterráneo,
tan múltiple, tan triste, tan infinito...

París, 1923.

# Un fascismo ideal

...Creo que la sola presentación de un fascismo ideal bastará para que se vislumbre todo un mundo de posibilidades insospechadas. Inútil añadir que ese facismo ideal no necesita ser el del Sr. Mussolini, ni tampoco antagónico al suyo. No conozco al detalle el italiano. Me contentaré con esbozar el fascismo ideal, aunque sin ocultar mi persuasión de que los hechos no son sino sombras que a las ideas siguen.

Este fascismo ideal no necesitaría tener por defensores a gentes distintas de las que, en Italia, por ejemplo, crearon la unidad del país bajo la dirección de Víctor Manuel, Cavour, Mazzini y Garibaldi. En España podrían ser fascistas los sucesores de los viejos progresistas y todas nuestras clases medias, acompañadas de los obreros desengañados del ideario marxista. No se trata de un pleito de personas. Tampoco se trata de un pleito de programa, entendiendo por programa el contenido ideal. Lo que querían los italianos del Risorgimento, lo que quisieron los progresistas españoles, eso mismo querrían los fascistas: el desarrollo del país, su grandeza, su cultura, su prosperidad, su prestigio exterior, la educación de su pueblo encaminada a hacer de cada hombre una personalidad enérgica, útil y honorable: es decir, la escuela, la despensa, y también la justicia, la solidaridad y el encauzamiento de la vida individual y colectiva dentro de normas de progreso y de cultura.

La diferencia consistiría en el método, diferencia hija, a su vez, de una distinta apreciación del hombre. El siglo XIX creía en la bondad natural del hombre, y por eso deducía que bastaba con asegurar la libertad para que se produjesen espontáneamente cuantos bienes constituían el ideal común a nuestros padres y a nosotros. La experiencia de la libertad está hecha. Sus resultados no son lamentables como los del absolutismo, pero son también malos. En el fondo, no hay diferencia esencial entre el absolutismo y el liberalismo. Por absolutismo se entiende la libertad del Soberano para hacer lo que quiera. Por liberalismo, el absolutismo de los ciudadanos para hacer lo que quieran. No se diferencian por el contenido, sino por la difusión. El fin común del absolutismo y del liberalismo es hacer lo que se quiera. Para ello se supone que el querer es bueno, ya el del Soberano, ya el de los ciudadanos. Pero esto es precisamente lo que no puede creer un hombre del siglo XX. Mi admirado Sr. Baquero supone que el fascismo es uno de los venenos de la guerra. Pero lo probable es que la guerra no haya sido sino el resultado inevitable de la confianza cándida con que creían los hombres del siglo pasado que su voluntad era buena. Los del siglo actual ponemos las normas objetivas por encima de nuestro albedrío.

Creían nuestros padres que bastaba la libertad de pensamiento para que

(Pasa a la página 306).

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

| | |
|---|---|
| La entrega | ¢ 0.50 |
| El tomo (24 entregas) | 12.00 |
| El tomo (para el exterior) | $ 3.50 oroam. |
| La página mensual de avisos (4 inserciones) | 20.00 » » |

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

# La voz del Señor

(A las alumnas de la ESCUELA NORMAL DE COSTA RICA).

HABÉIS oído alguna vez la voz del Señor?

Yo iba por uno de los largos y sombríos corredores de la vida, y de pronto, de lo más íntimo, de lo más hondo, salió una voz dulcemente imperiosa que me transformó la vida y puso alas a mi espíritu. Era la voz del señor. Del Señor todo misericordia y todo amor. Me habló por medio del dolor al ponerme en contacto con las páginas de Hellen Keller, a quien las manos de Miss Sullivan revelaron todas las bellezas de este mundo. Miss Sullivan es la admirable mujer que consagró toda su vida al servicio de quien hoy ayuda a centenares de niños ciegos y sordo-mudos, y de hombres ciegos, porque teniendo ojos no han visto jamás su camino, y de mujeres ciegas, que sin la ayuda de Hellen Keller habrían caído en la más espantosa de todas las miserias humanas.

Miss Sullivan sintió a Dios y lo amó al escribir en la mano de Hellen la palabra *bebé*, cuando al ingresar a la escuela de sordomudos puso en los brazos de la rubia ciega una linda muñeca.

La niña sintió los movimientos y procuró repetirlos aunque no tenía la más vaga idea de su significado. Poco a poco aprendió a escribir palabras breves y por fin un día se produjo súbitamente la ansiada comprensión.

¡Fué el día de los días! El día feliz en que Hellen Keller, siendo aun muy niña, sordo-muda y ciega, estableció la diferencia entre *cubo* y *agua*. Palabras que para ella habían tenido hasta entonces el mismo significado.

Miss Sullivan llevó la pequeña hasta el pozo, sacó ella misma un cubo lleno de agua e hizo que su joven discípula lo sostuviese sobre el brocal y cuando Hellen sintió el frío del agua, la profesora escribió rápidamente la palabra *agua*. La niña soltó el cubo y por primera vez comprendió que cada cosa tenía su nombre especial. Para la ciega sordo-muda se había hecho la luz. Las manos de Miss Sullivan operaron el milagro. Hellen no nació ciega. Cuando era niña se la habría creído un rayo vivísimo del sol, sus bucles de oro hacían pensar en los trigales de Nebraska y tenía en los ojos encendidos un destello divino. Era toda una promesa, era la esperanza de su familia y la alegría de los niños de la vecindad. Un día faltó a la ronda. Estaba postrada por la fiebre maligna que despiadadamente le quitó todas sus fuerzas, le arrancó a pedazos el cabello, se bebió su sangre como si hubiera sido un miserable vampiro, le robó la luz de sus ojos y le paralizó la lengua, y como si esto fuera poco, la miserable le cerró para siempre los oídos. Cuando Helena abandonó el lecho no había



HELLEN KELLER

para ella noche ni día. La rodeaba el misterio. No podría contemplar nunca más las estrellas que ella amaba tanto, ni podría ver jamás las moneditas del sol debajo de las matas del jardín, ni oír el canto de los petirrojos, que son para los chiquitos del Tío Sam lo que para los nuestros son los yigüirros. De aquella época de su existencia son estas palabras:

«Sólo el vacío por doquier hallaba,
sin noción de lugar, espacio y tiempo».

De esta noche que parecía interminable, de esta horrible soledad la sacó Miss Sullivan a la edad de 10 años. Helena no ha visto nunca el rostro de su maestra, pero gracias al sistema Braile usado por la admirable profesora no sólo aprendió a leer y a escribir en inglés, sino que hoy domina completamente la lengua alemana y la lengua francesa.

Bendita la hora en que Miss Sullivan oyó la voz del Señor y amó a Hellen Keller, hoy autora de libros en prosa y en verso en los Estados Unidos. Ciega y sorda, ha visto la luz que no vemos los que tenemos los ojos del cuerpo y somos ciegos. Hellen es vidente y gracias a las manos de Miss Sullivan es una fuerza dinámica en la gran nación del Norte.

Ni los ciegos, ni los sordos, ni los delincuentes están perdidos porque,

«Hasta la estéril y deforme roca
es manantial cuando Moisés lo toca».

Nadie está perdido para siempre: pero hay centenares de criaturas, de mujeres y de hombres que están en espera de una mano misericordiosa.

Nadie puede estar perdido si le sale al encuentro una Miss Sullivan.

Habéis oido la voz de Dios? ¿Si no lo conocéis, si no lo amáis, pensad en este solemne momento en la miseria de la humanidad, en los rostros bellos que se han tornado en caras deformes, en los cuerpos que ha paralizado el alcohol y las manos que manchó el crimen. Oíd la voz del Señor que ruega y que implora para que sus hijos no se deformen más; para que se libren de todos los males. El Señor pide que se ame a los niños y que se les proteja.

Pensad en los niños ciegos de espíritu que se envilecen en la Penitenciaría de San José.

¿Habrá en la escuela Normal de Costa Rica una Miss Sullivan? ¿Una mujer capaz de elevar un proyecto al Congreso pidiendo que nos den la cantidad de dinero necesario para sacar de la Penitenciaría a los menores de edad, para ponerlos en una escuela donde aprendan a orientar sus vidas?

El Señor nos dió las manos para bendecir, para acariciar y para absolver.

Oíd lo que dice Hellen Keller: «Todo lo que me mueve, todo lo que penetra en mi alma, produce en mí el efecto de una mano que me tocase en las tinieblas y este tacto es mi realidad. He crecido y me he desarrollado por medio del tacto. Los suaves pétalos de la violeta, ondeantes en los fríos pliegues de las hojas, o levantándose suavemente en la hierba de la pradera; el claro y firme perfiil del rostro amado; el suave arco del cuello de un caballo y el aterciopelado tacto de la nariz... Todas estas y mil combinaciones que de ellas resultan y toman forma en mi

alma, constituyen mi mundo». Las manos de Miss Sullivan revelaron a Hellen Keller las grandezas de este mundo. Fueron la llave con que se abrió la puerta de la sabiduría.

Al golpear Jesús las manos levantaron el vuelo las golondrinas. De las manos de Rodin salieron el hombre y la mujer, y la mano de Dios es nuestra mano cuando hacemos el bien. Cuando Miss Sullivan acompaña a Hellen Keller al Radcliffe College y le escribe en las manos lo que dicen los profesores, las manos de Miss Sullivan al dar, y las de Hellen Keller al recibir se santifican, porque dan y reciben con amor.

Usemos nuestras manos para dar no con la idea de hacer la caridad sino para cumplir la obligación social; para santificar nuestras manos que tantas veces se han manchado con el gesto de la amenaza, del desdén, de la ira o de la venganza. Usar bien las manos podría ser el lema de la Sociedad de Mujeres de Costa Rica.

Escribid un proyecto para elevarlo al Congreso, pidiendo que nos ayuden a fundar la escuela patria o el protectorado del niño. Llamadlo como os plazca. Dividios en grupos y formulad por escrito el plan de trabajo que cada uno deba hacer para ayudar a la realización de un ideal. A la creación de esta escuela en Costa Rica.

No penséis en una escuela para delincuentes, para niños irredimibles. Pensad, como Miss Sullivan, que nada es imposible, que los ciegos, los sordos y los mudos no están condenados para siempre.

Vuestras manos, como las de la admirable profesora de Hellen Keller sabrán redimir a los que hasta ahora no han sentido más que la mano tosca del policía, la mano de la madre que empuña el látigo o la del padre que sabe dar bofetadas.

Pensad en una escuela vocacional, en una escuela donde los descarriados encuentren su camino. Donde encuentren otra vez su puesto los maestros carpinteros, los maestros herreros, los maestros sastres; pero donde haya también una biblioteca, un salón para dramatizaciones; un laboratorio, un jardín, una huerta, un acuario, una pila de natación y un vasto campo para cultivar la tierra; y por sobre todas las cosas una mano cariñosa para ejecutar la orden que del corazón brote al oír la voz del Señor.

MELISA

S. J. de Costa Rica, 1923.



# Un fascismo ideal...

(Viene de la página 304).

se pensase, la del trabajo para que se trabajase, la del comercio para que se comerciase, la de la oferta y la demanda para que la armonía económica se encargase de implantar la justicia. ¿Qué es hoy la libertad de imprenta? La posibilidad de que las Embajadas extranjeras compren por cuatro cuartos la Prensa de un país pobre, de que cuatro escritores de baja pornografía monopolicen el mercado de libros, de que se mienta deliberadamente en las hojas de publicidad, de que se utilice la página impresa como instrumento de corrupción, embrutecimiento y explotación de un pueblo. ¿Qué es la libertad económica? Aunque parezca paradoja, la libertad del monopolio. ¿La libertad de asociación? La libertad del terrorismo. ¿La de la higiene? La de las epidemias. El liberalismo individualista, en suma, es un sistema de gobierno que permite el bien, pero que no combate el mal, y que tampoco asegura el bien que se propone realizar.

No asegura nada, porque no es un lazo de unión para una sociedad, sino un permiso de desunión para sus miembros. Su caricatura, pero, en el fondo, su retrato, puede hacerse recordando el caso de aquellos dos jóvenes ingleses, un chico y una chica, que quisieron casarse bajo principios absolutamente liberales. Cada uno seguiría teniendo sus propios amigos, su propia fortuna, su propio domicilio, su propia ocupación, sus propias diversiones. No se verían los cónyuges, sino después de haber acordado por escrito una cita. Lo importante es que no hubiera cosa alguna en común, ni hogar, ni familia, que les obligase a hacer nada contra la voluntad individual. «¿Y no sería preferible que nos quedásemos solteros?», preguntó la muchacha. Y es que las sociedades no se pueden fundar en el mero deseo de no molestarse mutuamente, sino en cosas comunes, como el orden público, el territorio y la cultura nacionales, que el individuo aislado no puede asegurar y que son de mayor importancia que la voluntad individual. Un fascismo ideal no se contentaría con esperar que la libertad produjese la cultura y el bienestar, sino que se encargaría de asegurar estos bienes, exigiendo al individuo los sacrificios necesarios para hacerlos efectivos.

Tampoco creería que bastaba con garantizar la libertad para asegurar el orden. El orden no se conserva sino manteniéndolo contra el desordenado. Toda sociedad produce terroristas, porque toda sociedad exige una disciplina molesta para las naturalezas indómitas. Para que estas naturalezas se sometan a la ley, las otras han de mostrarse capaz de someterlas. De aquí la necesidad de la violencia. Los liberales de la generación pasada gustaban de proclamar la inutilidad de la violencia. Nada más infantil. La violencia es la categoria de la realidad. Todo lo que es debe su ser a un acto de violencia. No por otra causa están los turcos en Esmirna; los franceses en Estrasburgo; los italianos en Trento; la República, en Francia y en Portugal; la Monarquía constitucional, en Inglaterra; la de don Alfonso, en España, y la de don Víctor Manuel, en Italia. Esto es lo primero que ha de saber un fascista: Sin fuerza no hay hecho político. Los argentinos dijeron que la victoria no crea derechos. Muy cierto. La victoria no crea sino hechos. Pero los ingleses estarían aún en Buenos Aires si los argentinos no los hubieran arrojado en 1806.

No sé cómo será el fascismo italiano. No me gusta su nacionalismo, porque veo en el nacionalismo la localización y el empequeñecimiento de la Divinidad. Pero me satisface en cuanto significa ruptura del pacifismo e indiferentismo liberales. Y estoy seguro de que el siglo XX no podrá enamorarse de un sistema de gobierno que lo mismo ampara el trabajo que la ociosidad, el pensamiento que la modorra, el valor que la cobardía. El ideal está en hacer obligatorios los bienes que el liberalismo individualista se contentaba con permitir: la cultura, la veracidad, el amor, la fuerza, la castidad, el trabajo, la sobriedad, la economía, la riqueza, el pensamiento, la cortesía, la elegancia y el valor; y aunque todo ello no pueda conseguirse de una vez, ni en un siglo, lo importante es fijar el ideal y encaminar las cosas hacia su realización.

RAMIRO DE MAEZTU

(El Sol, Madrid).

***No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieran colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editorhaga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.***

# Elogio de un maestro

[Párrafos del Informe presentado a la Secretaría de Educación por el Sr. Director del Instituto de Alajuela. Primer aniversario de la muerte del Prof. don Elías Salazar].

No puedo en este informe negar campo a un suceso que nos llenó de luto y que ha sido el más desgraciado suceso que hemos tenido en muchos años.

Me refiero a la muerte del compañero don Elías Salazar, acaecida el 21 de agosto de 1922.

Vivía él de tal modo vinculado al espíritu de la casa y le queríamos tanto, que sólo nos fortifica su ejemplo en la angustia de su separación.

Era realmente un héroe como lo concibe Carlyle, sin campanilleo ensordecedor y sin poses deslumbrantes.

Cuando le conocí tuve la intuición de que era un niño, cuya cabeza habían blanqueado las nieves de la vida, pero cuyo corazón aún no estaba estrujado por los egoísmos y las miserias que padecemos los hombres, como por obra de una maldición.

Era ingenuo, era crédulo, era candoroso, como un niño. Decía las cosas sin calcular las consecuencias, con la honrada sencillez de quien no ha pensado en obrar mal.

Los hombres a veces mirábamos malicia allí donde sólo hubo candor de niño y el ojo turbio quiso lastimar alguna vez la ingenuidad de esta alma que no veía el mal donde otros lo mirábamos.

Pero tal ilusión no podía ser persistente. Sabía tantas cosas profundas, tenía tan madura reflexión y tan sabio consejo para todo momento, conocía tantos secretos de la materia y del espíritu, sentía tanta belleza del número y del verso, que parecía haber vivido siglos sobre el planeta persiguiendo la estrella imposible de la sabiduría.

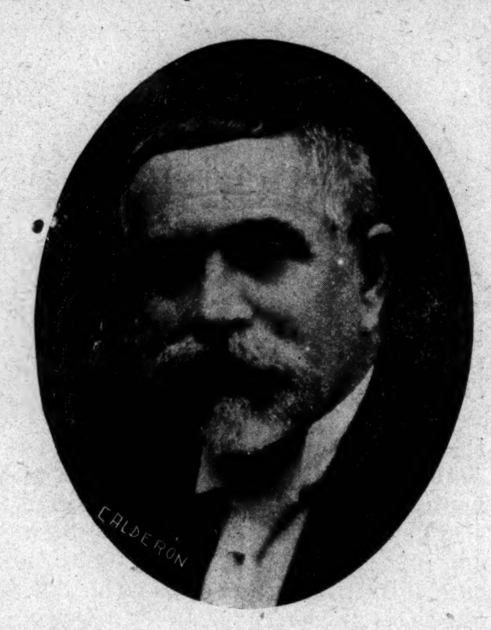
Entonces comprendí que era realmente un anciano cuyo corazón había recibido el dón de los dioses de no envejecer. Ganimedes, que lo había visto afanado en la práctica del bien, por todos los caminos, llenó la copa de su corazón con ambrosía de su ánfora. Su vida sencilla, alejada de vanidades y de odios, parecía la vida de aquellos patriarcas que crearon pueblos y los llevaron por los caminos estrechos de que habla el Libro Sagrado. Vida esta como la que idealizaba Ricardo Wagner, o como la que viviera Eliseo Reclús.

Digo que fué vida ajena de odios y de vanidades y no quiero que se suponga que mueve mi lengua la simpatía y que digo cosas poco razonables.

Prefiero juzgar a los hombres al través de sus pasiones, porque es allí donde ponen de más relieve los contornos de su personalidad.

Este ciudadano tuvo una pasión que lo empujó a muchos dolores: la política.

Y en ese campo, ¿qué medro tuvo para su bien personal? ¿Dónde están




Profesor don ELÍAS SALAZAR

† el 21 de agosto de 1922.

los honores que allí recibió? ¿Dónde están los dineros que allí amasó? Y sin embargo, no hubo campaña política en que no luchase con todo el brío de su alma entusiasta. Es que no asistía al banquete de los comicios para coger la mejor parte, sino que, al contrario, veía pasar los manjares, de una a otra boca, sin que le tentase el demonio de la envidia y metiese su cola de intrigas y deslealtades para entorpecer la fiesta.

Era político idealista. Había concebido una república platónica y la amaba con las más abnegadas convicciones. Soñaba con unos hombres superiores, comprensivos de su derecho y cumplidores de su deber. Soñaba con una política de altura que no rastreara para babear en el jaral, como la serpiente, sino que alzara su vuelo hacia la luz, como la alondra.

Por eso precisamente no cosechó sino amarguras. Hecha la siembra no se quedaba a la zaga, ávido de que cuajase la espiga, sino que buscaba otros campos para arar de nuevo en la conciencia de los pueblos.

Como Arístides, habría escrito en la ostra su mismo destierro antes que profanar la santidad de las instituciones.

Fué valiente en todos los minutos de la vida pero más lo fué en estos trajines cívicos y su lanza atrevida derribó todo lo que él creyó indigno de tenerse en pie.

¿Qué importa que fueran aspas de molino si era el brazo de don Alonso Quijano quien ponía la lanza en ristre?

No discuto ahora si fué acertada o torpe esa lanza, sólo quiero declarar que fué noble el soldado y que no esquivó el cuerpo.

Concurrió a las lizas sin otra armadura que su convicción y sin otro escudo que su franqueza, pero nadie le conoció la espalda huyendo responsabilidades. Y después del ataque, su pecho, regocijado del triunfo, no seguía sangrando la amargura del odio, ni su brazo ataba prestigios al carro de victoria.

* *

Quiero mirar otro aspecto de esta vida magnífica. Su otra pasión: la escuela.

Fué nuestro compañero de labores en esta parcela de la juventud que hemos venido sembrando y lo que diga ahora cristaliza lo que pensé mirando a este varón tras la mancera de su arado.

Quizá en procedimientos pedagógicos estuvimos un poco distanciados y algunas veces tuve que señalar distintos derroteros.

Entonces fué cuando lo ví de mejor modo. El era el ilustrado, yo el ignorante, él era el experimentado, yo el inexperto y, sin parar mientes en ello, oía, meditaba y, como tenía fe en lo que veníamos haciendo, lleno de bondadosa complacencia accedía o me hacía acceder, sin disgustos, sin rencores, con un corazón comprensivo y generoso de hombre bueno.

Y aquí, en el aula, pude pesar cuánto valía este cristiano, manso y humilde de corazón, como los que han de alcanzar bienaventuranza.

Sufrido y bondadoso ante tantos dolores que esta carrera pone en el camino. Altivo y valeroso ante la asechanza que de algún lado viniese a romper la austera nobleza de su cátedra.

Idealista y soñador en medio del diario prosaísmo de la vida.

Fervoroso y devoto de la obra que se le encomendaba, en medio del descreimiento y el desconsuelo de los flacos. Alegre, con la sana alegría de la emoción más pura. Prudente y reflexivo, como cumple a un mentor de juventudes. Leal a la casa y leal a las normas que seguía. Fué entusiasta romero que no aflojó un instante, empujando sobre el agua esta nave hacia el puerto de Belleza y de Sabiduría donde pensaba que está el palacio de la Aurora.

No lo ví nunca desmayar con desalientos y desesperanzas, no lo ví nunca doblarse ante vientos pérfidos de altura, no lo ví nunca romper el cristal de la armonía con golpes de intriga.

Murió sobre el surco. El día que subió al lecho para no levantarse más, había estado cinco horas trabajando, en el mayor contento, sin que nadie sospechase que el ave negra de Edgardo Poe andaba buscando la cornisa para graznar su oración fúnebre. Aunque es posible que el corazón le hablara ya, sin que él lo hubiese percibido.

La última vez que subió al estrado de nuestra Sala Máxima, para quemar su mirra de arte, recitó el nocturno de José Asunción Silva. Lo dijo con tal dolor, con tal hondura, que el hálito de la muerte y del dolor trajeron pesadumbre a todos.

¡Qué pronto íbamos a tener de este hombre sólo una sombra larga, que se esfuma en el país desconocido!

Pero no quiero alargar indefinidamente este recuerdo, voy a concluirlo anotando un dato que no puede ser corroído por el ácido de la crítica más cruel. Don Elías Salazar servía todos los cargos concejiles que quisieran darle. Los servía con orgullo, con entusiasmo, con ejemplar actividad. Allí donde hubiese una gota de leche para los desheredados, un hospital para los enfermos, un hospicio para los huérfanos, una tribuna para los defensores de la integridad del terruño; allí donde hubiese una empresa de caridad o de patriotismo, allí estaba este hombre, en alma, vida y corazón, moviéndose en todos los trajines con un interés, con un entusiasmo que los fenicios no podrían comprender en este ateniense. La ciudad perdió en él al más desinteresado y entusiasta celador de sus negocios.

Yo exalto este varón ante la posteridad, como en los juicios de los muertos que hacían los egipcios, invitando a decir todo lo malo que hizo en su peregrinación por la tierra. Quiero ponerlo en un platillo de la balanza para que se mire cómo llevó de ligera el alma cuando tendió vuelo hacia lo desconocido.

Bien decía él, en uno de sus discursos memorables: «Cuando yo muera quemad mi carne mortal y con sus cenizas abonad los rosales. Quiero volver a la Naturaleza convertido en rosas».

Algo de su voluntad fué cumplida, nunca dieron los rosales tantas rosas como en su muerte, nunca vió la ciudad mayor derroche de flores.

¡Lo sepultaron en rosas los amigos!

Esas ofrendas fueron después llevadas por los alumnos del Instituto, en delicado homenaje, a cubrir las tumbas de sus amigos muertos. Toda la ciudad doliente miróse florecida en el amor de esa mañana. Este hombre generoso, que en vida dió cuanto tuvo, dió en la muerte lo único que le quedaba, las flores en que la ciudad, que lo amaba, había convertido su recuerdo.

Yo pienso que este dolor de su muerte no ha de ser estéril, ha de ser un dolor fecundo, un dolor benéfico como la vida de Elías Salazar, porque la ciudad, que sabe cuanto valía, tendrá un noble prestigio que honrar y un alto ejemplo que seguir.

LUIS DOBLES SEGREDA.

SERVICIO DE INFORMACION INTERAMERICANO

# El caso del Amherst College

Los extranjeros no aciertan a explicarse fácilmente, de buenas a primeras, las discusiones que se sostienen aquí sobre materias de educación. En general, en todas las naciones civilizadas se tiene el concepto fundamental de que la educación consiste no en atiborrar el espíritu de conocimientos, sino en preparar el espíritu de los educandos para que puedan adquirir el conocimiento y ejercitarlo con agilidad en todos los problemas que se les presenten en la vida. Antaño la educación religiosa, que fué por siglos la única que se conoció en nuestra América española, consistía en inculcar «verdades», en rellenar al neófito de preceptos concluyentes, incontrovertibles, sagrados, apercibiéndolo contra los silbidos de la serpiente razonadora que les hizo perder el edén a nuestros primeros padres. La característica esencial de la educación es que carece de dogmatismo, es decir, que no aspira a inculcar «verdades». Su función es preparar el ánimo de los estudiantes a fin de que puedan descubrir o elegir por sí mismos el camino de la verdad: atiende más al desarrollo de la curiosidad y de la facultad del razonamiento que al número de los conocimientos mismos, en la creencia de que un hombre provisto de un buen método de estudio llegará al descubrimiento de la verdad cotejando y escudriñando los hechos que le suministran la historia, las ciencias y las artes. Esto es de utilidad primaria tanto en las ciencias especulativas como en las ciencias naturales. En vez de proponerse crear legiones unánimes de sabios que proclamen a coro con voces uniformes, en las cuales no se descubra una sola disonancia, un solo cuerpo de verdades definitivas, incontestables y sacrosantas, aspira a formar individuos que piensen por sí mismos, que, cuando sea necesario, se declaren en desacuerdo fecundo con los demás, que remuevan el campo del conocimiento con la inquietud renovadora de las disputas, que no se detengan ante ninguna puerta sellada en nombre de ningún principio.

Todos recuerdan la época en que la autoridad religiosa, con el apoyo de la corona, ejercía en nuestra América censura extricta sobre los libros y tenía en sus manos la enseñanza. El fracaso de España en América se debió en mucha parte a la política de educación que siguieron los misioneros con los indios, a quienes jamás se propusieron inculcar el espíritu de curiosidad sino el espíritu de obediencia que los españoles de la época llamaban cristiano. Esto, por supuesto, era lo que entonces se acostumbraba; y a los frailes los hubieran encerrado por locos o ajusticiado por rebeldes si hubieran procedido de otro modo. Ese mal no era español, sino europeo. El siglo diecinueve presenció el triunfo aparente del nuevo espíritu de libertad en la enseñanza. El desarrollo de las ciencias experimentales fué debido a ese espíritu de libertad, y fomentó a su vez la tendencia de zafar al espíritu de las ataduras dogmáticas. Para darse

cuenta de lo rápido que fué este cambio, el lector no tiene más que suponer por un momento que la teoría de la evolución se hubiera formulado en el siglo dieciseis en cualquiera parte de Europa y calcular cuál hubiera sido el destino del sabio que la hubiera formulado.

Hoy en día comienza a ser costumbre abominar y maldecir al siglo diecinueve, el siglo que nuestros padres, entusiastas y engreídos, bautizaron con el nombre del «siglo de las luces»; y una de las manifestaciones de esta aversión es la desconfianza y aun el horror ante la enseñanza tal como la concibieron y preconizaron los mejores espíritus de ese siglo. Se pretende ya que la enseñanza no debe consistir en la preparación del entendimiento para deliberar por sí mismo, para llegar por sí solo a una interpretación del universo en general y de los fenómenos que nos rodean y que nos interesan en particular, sino que debe consistir en amoldar el entendimiento a un patrón dado: algo parecido a lo que hacían los buenos de los misioneros con los indios de América. Sino que, debilitada y descaecida la religión, se imponen ogaño a los estudiantes dogmas sociales y económicos, tan ortodoxos y tan estrictos como los que inculcaban los clérigos de la conquista a sus candorosos catecúmenos.

La enseñanza en los Estados Unidos encuéntrase, como todo el mundo lo sabe, en un grado admirable de desarrollo. No solamente el erario de la nación, de los estados y de los municipios gasta enormes sumas en la instrucción del pueblo, sino también que a ella contribuyen los donativos particulares; y los institutos, colegios y universidades, sostenidos con estos donativos son numerosos y opulentos. Esto, que a los comienzos pareció un fenómeno digno de encomio y que encendió muchas esperanzas, ha venido a convertirse a la postre en un peligro para la inteligencia y el carácter de las nuevas generaciones, al decir de muchas personas de autoridad en estas materias. Un novelista que suele armar bastante bulla con sus libros, Mr. Upton Sinclair, acaba de publicar una obra intitulada *The Goose Step* («El paso de ganso», por alusión al paso militar de los soldados alemanes) en el cual denuncia a las más de las universidades y colegios de los Estados Unidos como focos de obscurantismo y de propaganda «capitalista». Sinclair escribe como socialista militante; y quizás algunos podrían objetar que sus conclusiones son las de un escritor sectario empeñado en desacreditar el actual régimen político y la actual organización económica de la república.

Pero hay muchas personas que sin ser socialistas ni radicales discuten con viveza los sistemas en vigor y los denuncian como temerarios y embrutecedores; y lo más grave es que algunas de esas personas son especialistas en pedagogía. Como desde la época de la guerra europea los hispanos ribereños del Caribe se mostraron inclinados a venir a estudiar a los Estados Unidos, en vez de ir a Europa, como era lo tradicional, les importa—y mucho sin duda—enterarse de lo que aquí se dice acerca de esas tendencias de la enseñanza. Prescindiremos aquí de la enseñanza elemental y secundaria, para hablar de la superior, limitándonos por ahora a cierto caso que está armando bastante bulla en los periódicos.

El presidente, o rector, como nosotros decimos, del Armherst College, situado en la ciudad de su nombre, en el estado de Massachusetts, tuvo que renunciar a su cargo porque sus procedimientos pedagógicos no estaban de acuerdo con las ideas y propósitos de los fideicomisarios encargados de la administración de los fondos con los cuales se sostiene el colegio. El rector, el doctor Meiklejohn, es, según el consenso de los que han hablado del asunto, un hombre de ciencia, dedicado profesionalmente a la enseñanza. Los fideicomisarios son: un manufacturero de zapatos de Boston, un socio del banco de Morgan de Nueva York, un socio de una casa editorial también de Nueva York, un sacerdote de la iglesia congregacional, residente en Hartford, Conneticut, y un hermano del vicerrector del mismo colegio. Ninguno de ellos—salvo el clérigo, que es profesor de apologética en otro colegio—es hombre que sepa de enseñanza. ¿Cuáles, pues, son los motivos que los inducen a destituir a un profesor de competencia incontestada? Entre las razones aducidas para explicar por qué la junta de fideicomisarios pidió la dimisión del rector figuran las siguientes:

El rector introdujo en el instituto el método socrático de enseñanza: dejaba que los estudiantes, por su propia cuenta, sacaran conclusiones de los conocimientos adquiriridos, método que aplicó aun a las clases de principiantes. Se sabe que Sócrates pagó con la vida el haber establecido una enseñanza de este linaje.

Aumentó el número de profesores jóvenes, poniéndose así en pugna con los profesores viejos.

El colegio vió decaer su «prestigio» como centro atlético. Los deportes, que entre los hispanoamericanos parecen cosa baladí, o, por lo menos, cosa subalterna, asumen importancia principalísima en la vida universitaria de los Estados Unidos. Según se ha dicho, se ha visto el caso de que una universidad finque más orgullo en sus alumnos que resultan grandes o habilísimos jugadores de *base ball* o de *foot ball*, o remeros de gran resistencia y vigor, que en sus alumnos que salen hombres de ciencia, escritores o artistas sobresalientes.

La oposición del rector a que discurrieran en las aulas oradores que hablaran en pro de la preparación militar intensa de los Estados Unidos, a menos que se encontraran à la mano otros oradores que hablaran en contra de la misma medida, a fin de que los alumnos pudieran pesar por sí mismos el pro y el contra.

Tales son los principales motivos que le atribuyen al incidente los comentaristas moderados. Los conservadores censuran al rector y tachan de peligroso y de disociador su sistema, mientras que los radicales alegan que si lo despiden del cargo es porque enseña a pensar a los jóvenes y la plutocracia no quiere maestros que enseñen a pensar sino maestros que maten en sus discípulos los gérmenes de la inquietud y de la rebelión espiritual—para lo cual dicen que sirven maravillosamente los deportes—dejándolos maduros para la obediencia ciega y mecánica, la «obediencia de cadáver».

Este es uno de los más graves peligros de la enseñanza. Muchos ricos que hacen espléndidos donativos a instituciones de educación, los hacen nombrando administradores que velen porque la enseñanza que se paga con sus donativos concurra y se enderece a determinados fines sociales, políticos o económicos. Con lo cual tenemos que existen focos de educación sistemáticamente conservadora y focos de educación sistemáticamente revolucionaria: ni unos ni otros se proponen formar hombres educados sino formar buenos sectarios: hombres obedientes los unos, hombres rebeldes los otros. Lo que se enseña en la Rand School de Nueva York olería a infernales vapores de alcrebite en los claustros de cualquiera universidad tradicionalista o conservadora. Lo cual quiere decir que la mayor parte de la enseñanza es cuasi sectaria; y que no está lejano el día en que se llegue, como cosa lícita, a la ocultación de hechos históricos o de fenómenos físicos, fisiológicos o políticos que choquen o pugnen con las teorías ortodoxas consagradas por una o por otra secta.

Se dice que inculcarles las ideas tradicionales a los jóvenes es el mejor modo de conservar la tranquilidad social. No es fácil que ello sea factible, pero, de lograrse, acarrearía el estancamiento primero y quizás la regresión intelectual a la postre. Quizás con otra forma de gobierno sus consecuencias podrían disimularse por algún tiempo, pero en una democracia

sus funestos efectos sociales resultarían fulmíneos en breve plazo. Es mortal porque mutila y balda toda inquietud y toda aspiración redentora de los jóvenes, esperanza de las naciones, semillas de aurora, arcas de lo porvenir. Hablando de lo que acaeció en Amherst ha dicho en una carta pública el reverendo John Haynes Holmes: «Desoír los consejos de las viejas generaciones, obrar con espíritu de rebeldía contra las autoridades acatadas es el primer deber de la juventud».

Sí: el primer deber, y el primer impulso de la juventud es la aspiración hacia lo bueno cuando vive en lo malo y hacia lo mejor cuando vive en lo bueno, la inconformidad con lo que encuentra ineficaz o inicuo o estúpido en torno suyo; y privarla de esa inclinación es arrebatarle lo mejor que posee y dejar a la humanidad de mañana embrutecida y entregada a la inercia.

JESÚS SEMPRUM

Nueva York, 9 de julio de 1923.

# Página lírica

## de Carlos Luis Sáenz

### EL PASAJERO Y SU SOMBRA

Y vi la noche llena de bellas flores de oro
como arca abierta en donde guardaran su
[tesoro
los magos orientales! Los montes azulados
dormían bajo la luna, y parecían cansados
camellos en reposo. Como manos unidas
en oración las frondas soñaban confundidas.
Fué así como escuchara el diálogo divino
que tuvo el pasajero con su sombra, El
[Destino!

—«La tierra eriza cardos de punzantes
[espinas
en todos los senderos por los que tú caminas:
resígnate a ser triste; el árbol que se arraiga
con fuerzas en la roca, difícil es que caiga.
Pero la alondra alegre que sube hacia la
[aurora
será abatida un día por la flecha traidora.
¿Qué buscas, Pasajero? La fiebre de tu duda
no hay agua que la aplaque: en el desierto,
[muda
a todas las preguntas, la Esfinge está
[soñando.
Aquiétate como ella, y ya escucharás; cuando
al fin de tu camino te encuentres solo y
[triste,
verás como en vano el sueño que entreviste!»

—«¡Calla, sombra inquietante, calla, que soy
[anhelo
tan amplio y tan profundo como el azul del
[cielo!
Camino sin reposo, porque sé que algún día,
guiado por la amorosa voluntad, será mía
la Verdad que he soñado, la Belleza que
[espero.
Tarde a tarde he mirado la luz del fiel lucero,
y eso me reconforta: mis plantas doloridas
hallan aguas piadosas que lamen las heridas,
y por cada guijarro del sendero, levanta
sus gorgeos matinales el pájaro que canta.
No acierto en lo que busco, nadie da la
[respuesta;
hallo como en el cuento dormida la floresta,
la celeste princesa dormida, todo muerto
como si el dulce sueño de mi alma fuera
[incierto.

—«Escucha, Pasajero; como la gran caverna
de la noche, tu duda será vacía y eterna!
No fatigues tus horas, nada hay tras las
[montañas,
nada guarda el océano entre su azul entraña.
Resígnate, Viajero, la única enseñanza
es la que está a la puerta: «Perded toda
[esperanza».
Sólo uno es el camino sin desviación posible,
soy tu Destino, escucha mi secreto terrible:
Cuando naciste alado para escalar los cielos,
yo vi la fuerza altiva que trazaría tu vuelo,
y como soy el ciego guardador de los Dioses
corté tus blancas alas: ahora ya me conoces!

—«No perdí la esperanza, por eso soy
[humano,
y en lucha con tu fuerza te venceré, tirano!
Me sigues, sombra ciega de buitre, mas mis
[vías
me llevan a los cielos, las estrellas son mías
igual que las auroras: ya me verás triunfante
llevando entre los dioses mi ensueño
[deslumbrante!

—Los Dioses, mis señores, desafían tus
[locuras
¿en dónde están tus alas? sus soberbias
[alturas
se ríen de tu impotencia: acepta tu destino—

Y en voz que era un grito, respondió el
[Peregrino:

—Si ya no tengo alas para alcanzar los
[cielos,
si a la tierra me ata la impotencia del vuelo,
con mis plantas sangrantes, con mis cien
[pesadumbres,
por vencerte, oh Destino, yo subiré a las
[cumbres
más altas de esta tierra y desde allí mi grito
proclamará la eterna negación de tu mito!—

Callaron las dos voces, callaron y no acierto
a descifrar la clave que me diga lo cierto!

San Ramón, 24-VII-923.

### CANCIONES DE MADRE

#### BESOS

Para que te duermas
te beso la frente,
tú no sabes, hijo,
lo que mi alma siente.
Para que te duermas
beso tus ojitos;
oh el amor de mi alma
se ha vuelto infinito!
Para que te duermas
te beso en la boca;
mi amorcillo alado,
de amarte estoy loca.
Para que te duermas
las manos te beso,
manos en que vive
mi corazón preso!
Para que te duerm s
tus rosados pies
beso, y beso y beso,
mi dulce bebé!
Para que te duermas
mis besos deshojo
como suavecitos
pétalos de loto.

#### ESTRELLITA

Estrellita de los cielos
que a mi niño ves dormir,
dile al Angel de la noche
que lo haga sonreír.
Estrellita de los cielos,
de color rojo rubí,
velando el sueño a mi niño,
como tú soy yo feliz.
Estrellita de los cielos,
dulce flor de un gran jardín,
en amor junto a la cuna
de mi niño florecí.
Estrellita de los cielos,
que a mi niño ves dormir,
dile al Angel de la noche
que lo haga sonreir!

San Ramón, julio de 1923.

Nota bibliográfica

# Dizionario dell'omo salvatico

A lo mejor el salvajismo es un estado relativo; y un estado en el cual es difícil llegar a ningún grado de equilibrio entre el juzgador y el juzgado. Giovanni Papini, autor de la reciente «Vida de Cristo» y ahora del «Dizionario dell'omo salvatico», se vanagloria en su último libro de ser un salvaje. Cuando las fotografías nos muestran aborígenes salvajes, según nuestro más avanzado punto de vista, es tolerable que el sujeto del cuadro sea el jefe de la tribu, o el médico, o alguna figura de cultura y civilización a los ojos de los mismos nativos. Este se envanece de su anillo colgado de la nariz y trabajado con primor, de su mayor habilidad para aplicarse la pintura de guerra y de su adelanto general sobre el resto de la tribu. Cuanto más desarrollado es, de acuerdo con las reglas de los primitivos, tanto más salvaje aparece a los ojos del explorador civilizado. De igual manera, cuando un hombre representativo del progreso del siglo veinte declara su intención de volver al estado salvaje, no es probable que quienes lo escuchan atribuyan su apostasía a resultados de una supercivilización.

Justamente tal salvaje ha comenzado a escribir un comentario enciclopédico de la civilización. Tiene un parentesco interesante. Es la criatura de Domenico Giuliotti, cuyas contribuciones al estudio del Dante no son en manera alguna descuidadas, y de Giovanni Papini. La influencia ardiente y fuerte de Papini, parece dominar al salvaje y a su obra. El libro revela los dos aspectos de su rebelión. Papini, el anarquista, destructor de los métodos aceptados en la literatura filosófica y filológica, espíritu vivificante del ya difunto Leonardo, y asociado de Prezzolini en la dirección de «La Voce», es tan activo aquí, como es Papini, el neófito, quien prosigue contendiendo por la tesis de la «Storia di Cristo», el monumento de su conversión.

En la parte octava del prefacio (hay doce partes, dirigidas a doce diferentes tipos de lectores) Papini protesta contra el mundo moderno, el cual ha estado durante cinco siglos en estado de decaimiento; contra la revolución humanista, que restableció el imperio del paganismo; contra la revolución Protestante, que destrozó el Cristianismo, sustituyendo la anarquía de la libre investigación a la autoridad sagrada de Roma; contra la revolución industrial que embruteció el mundo, redujo la humanidad a un estado de esclavitud y sustituyó la cantidad por la cualidad, la materia por el espíritu y el oro por la paz; contra la revolución filosófica, que promovió el esparcimiento de la duda colocando la razón ante la fe; contra la democracia, que mutiló la libertad e introdujo la dominación de las masas brutales e incapaces; contra la revolución comunista, que bajo el disfraz de aliviar la desigualdad económica, trajo aún mayores injusticias en su engaño; y finalmente, «contra todas las innovaciones bárbaras que deleitan al imbécil de nuestros días»: la cantina, el cinematógrafo, el fonógrafo, el elevador, el teléfono, el automóvil, lo motocicleta, el *side-car*, el aeroplano, la adoración del materialismo científico, el culto a la velocidad, y las maneras obcenas de buscar el placer. El modo como el Salvaje —Papini— arroja su protesta, es nuevo, sin duda. Su «Diccionario» (que incluye hasta ahora solamente las letras A y B) es un surtido curioso de palabras aisladas, nombres de personajes prominentes de todas las edades, acontecimientos, proverbios, paisajes, libros. Una indicación a la selección de las palabras incluídas en este diccionario heterogéneo, dice:

«...hemos intentado aquí más bien una desinfección que una compilación. Su propósito no es ser un diccionario de toda palabra existente, sino de aquellas palabras que parecen más prontas a diseminarse, inspirando y repitiendo enseñanzas fructíferas; queremos que nuestro libro sea formativo más bien que informativo».

En donde no hay ocasión de hablar de la Iglesia, el Salvaje se contenta con limitar su definición a desollar despiadadamente la naturaleza humana, en general, y la civilización presente, en particular. El contenido actual del «Diccionario» debe hablar por sí solo:

ABDICAR: La más miserable de las palabras, cuyo significado es, pública renuncia de algo, por el interés, por el temor, o por pura imbecilidad.

El siglo pasado y los comienzos del presente han sido, en general, tiempos de abdicación...

Aun los Cristianos ... que ... llevan dentro de sí el espíritu de la verdad y son, por lo tanto, invencibles, han traicionado, han abandonado y renunciado a Cristo.

Como resultado de esta situación, y solamente por ella, se han producido catástrofes de toda suerte.

HABILIDAD: La primera de las cuatro virtudes cardinales en el catecismo del Anticristo.

Las otras son: Injusticia, cobardía, libertinaje.

Entre nuestros hombres más capaces están los políticos inescrupulosos, los quebrados con mochila rebosante, el ladrón enguantado en cabritilla, que mediante fraudes considerables gana la estima del público, una entrada de un millón y el rango de senador, etc.

ADULACIÓN: El adulador es el que dice sin rodeos, lo que el adulado piensa de sí mismo, sin decirlo.

ALTRUISMO: En conversación corriente, altruismo significa el bien que otros nos harán. Los que predican altruismo—que no tienen relación con el amor cristiano—simplemente quieren difundir entre sus hermanos la tendencia a dar, porque, ellos, los predicadores, están siempre listos a ir a recibir.

ARISTOCRACIA: En griego significa, dirección de los mejores. Pero desde que en la actualidad nadie reconoce dirección de ninguna clase, y desde que no existe regla alguna para juzgar a los mejores, la aristocracia ha dejado de existir. La antigua aristocracia murió o está muriendo; y como la nueva, la aristocracia de la riqueza es baja e innoble, y la del intelecto se ha convertido en esclava de la riqueza.

BANDERA: Solamente una bandera—blanca con una gran cruz, el símbolo

---

de la redención—puede abolir las otras banderas, y, con ellas, todas las causas del odio y de la lucha.

Mas, los hombres prudentes de la tierra lo estorban.

BENDECIR: ¿Qué?

Imposible bendecir algo; porque, no obstante la opinión contraria de los mismos sacerdotes, este mundo no es más que la antecámara del infierno.

DIAMANTE: Usado en el dedo o colgados de la oreja, etc., de todos los ricos miserables (hombres así como mujeres) que nada tienen dentro de sí brillante y bello.

El «Diccionario» tiene un estilo oratorio. Pudo haber alcanzado un efecto mayor, si se hubiera proclamado con cólera y gesto ante una multitud desalentada. Sin embargo, la página impresa lleva también su gesto. Como en la poesía última de Mallarmé, las palabras están colocadas sobre la página con un cuidado exacto de la impresión visual que su posición producirá. Una sola palabra puede ocupar una línea entera Hay interrupciones, adornadas con guiones; gradaciones que sugieren un lenguaje inspirado y espontáneo. La cualidad oratoria de Papini no está confinada únicamente a la forma de la composición impresa. Mucho del «Diccionario» parece construido con la psicología de la oratoria. A medida que la arenga avanza la osadía magnética del orador arrastra muchos puntos que parecían abiertos a la discusión de una reflexión más madura.

HEYLBUT WOOLSTEIN

(Trad. del inglés para REPERTORIO AMERICANO).

---

LA RELIGION Y LA ESCUELA

# Lo de siempre

Hemos oído a un joven conferenciante encarecer la necesidad ineludible de la enseñanza religiosa en las escuelas. El tema en sí no entraña novedad. Se viene practicando tantos siglos hace, se viene propagando hace tantos años, que muy asustadizo habría de ser quien de ello se asombrara. Pero el conferenciante se exalta. Un público, no muy respetuoso con tan acendradas doctrinas, le interrumpe, y, valeroso y retador, el exponente prorrumpe en himnos y loores al sentimiento religioso y en despectivas conmiseraciones a los desgraciados que de tal sentimiento carecen. «Hay que enseñar a los niños—acaba por decir—una religión, la que sea; pero una. Todo, menos la escuela laica, ni la neutra, cien mil veces peor». Y lo dice con la seguridad del que se halla en posesión de la verdad, y con el heroísmo de quien está dispuesto a defenderla en todos los terrenos, hasta la muerte si es preciso.

Tres emociones distintas suscitan en nuestro ánimo las palabras de este joven apóstol:

La primera es de sorpresa. Comprendemos que se defienda la necesidad de la enseñanza religiosa; pero no deja de admirarnos el oir que lo esencial en ella sea la existencia de un dogma y lo menos esencial su contenido. Que sea lo mismo creer en Jesucristo, en Budha o en Osiris, con tal de creer en alguien. Que el Misterio de la Santísima Trinidad corra parejas en eficacia pedagógica con la revelación divina del Korán.

La segunda fué de piedad por el alma de aquel joven latitudinarista, reiteradamente condenado por el «Syllabus» en sus encíclicas «Qui plúribus», «Ubi primum», «Singulare quídem» y demás que pueden verse en cualquier Enciclopédico.

La tercera fué un recuerdo de aquellos ya lejanos días de la adolescencia.

Había en cierto colegio de provincias un padre jesuita, pequeñito, nervioso y con tal fuerza de imaginación que, no levantando casi dos cuartas del suelo, pintaba unos cuadros enormes, con asuntos, naturalmente, religiosos, y, en época de ejercicios espirituales, nos metía el corazón en un puño con sus descripciones del infierno y de los tormentos de los réprobos, que en cuestión de sermones constituían su especialidad. Y ocurrió que un día de fiesta, que nuestro buen padre se salió al campo dando un paseo, acertó a encaminarse por donde estaban zanganeando unos mozarrones, los cuales tan pronto le vieron empezaron a mofarse, y, apenas fué pasado, se deshicieron en insultos, llamándole «cuervo», «grajo» y demás acostumbradas groserías, que el hijo de San Ignacio oía resignadamente. Animados ellos con la cristiana mansedumbre del religioso, redoblaron sus injurias y denuestos, y, pasando de las palabras a las obras, cogieron unas cáscaras de melón y de sandía, desperdicios de su merienda, y se las tiraron con irreverente algazara. ¡Y qué creyó el buen jesuita! Algo muy transcendental debió pasarle por las mientes cuando, mal envuelto en el manteo, comenzó a gritar: «¡Viva Jesús! ¡Viva Jesús»!, y, alzando los brazos al cielo en actitud del que de un momento a otro caerá para no levantarse, echo a correr, seguido no gran trecho por sus inurbanos agresores, hasta entrarse por las puertas del Colegio, donde pronto circuló la piadosa nueva de aquel martirio frustrado, que dió materia abundosa a pláticas y homilías.

Es la eterna historia de nuestro fervor religioso. Energía inmensa, que bastara a realizar las más gigantescas obras, de poder ser encauzada. Pero que, como las fuerzas de las olas, que batiendo constantemente el acantilado, en su incesante ir y venir, arrancando de cuajo las rocas que golpean y destrozando un día el ingente muro que la razón humana opuso a su furor, es fuerza inaprovechable que se pierde en inútiles choques y en inútil espuma.

¿No bastaría con que cultiváramos en el corazón del niño la idea del bien que, como un imperativo, aparece escrita en la razón y en la conciencia de todos los hombres? ¿Y que cultiváramos a la par en su corazón y en su inteligencia la idea del deber?

Si estas luminarias nos acompañan en nuestro paso por la vida, y si ellas son bastantes a determinar la rectitud de nuestros actos, ¿a qué el empeño de ahondar en el misterio de la muerte?

«Me parecerá muy bien—decía Goethe, según Eckermann—encontrarme con que, a la terminación de esta vida, empieza otra. Lo que no quisiera es encontrarme allí con gentes que hubiesen creído en ella. ¡Porque sería un tormento terrible! Me vería rodeado de personas piadosas, que me estarían diciendo sin cesar: «¿No teníamos razón? ¿No se lo habíamos predicho? ¿No ha ocurrido lo que decíamos?» Y también allí seguiría el hastío».

Y añadía: «El tema de la inmortalidad es propio para gentes distinguidas, y, sobre todo, para señoras que no tienen nada que hacer. Pero un hombre trabajador, que cree hacer algo serio aquí abajo y que, por tanto, tiene que esforzarse, obrar y luchar diariamente, deja en paz la vida futura y procura hacer labor útil y provechosa en ésta».

FERNANDO GIL MARISCAL

(*La Libertad*, Madrid).

---

***Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.***

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica